

—Todavía no.

—Cuando venga, traednos el tablero de ajedrez.

Desdobló uno de los periódicos y le recorrió rápidamente; tomó un segundo é hizo lo mismo, deteniéndose solamente para tomar un sorbo de cerveza ó mirar la columna de humo que se desprendía de su pipa.

Hacia veinte años que se había abierto el *Café Athalie*, y Fargeau había desperdiciado muchas horas en aquella misma mesa, hablando, jugando, desarrollando sus ideas siempre extrañas, y dejando que el tiempo pasara por hombres y cosas, sin darse cuenta de que la edad venía y de que de año en año los auditores no eran los mismos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

## IV.

Celestino Fargeau era un ser raro, incomprensible; un bohemio que vivía de la casualidad en esa civilización que se hace cada día más hipócrita á medida que se descompone más. Había hecho todo lo que hay que hacer en este mundo, á excepción de una maldad. Nació pobre, había vivido pobre, y estaba resignado á morir lo mismo. Fué educado por un tío suyo bastante rico,

que debía dejarle por heredero; pero una aventurera se mezcló en el asunto, y el tío no pudo legar á su sobrino una fortuna que ya no tenía. Celestino se consoló muy pronto, pues no era interesado, y entró en la Escuela Normal, donde estudió y se hizo profesor, siendo destinado á provincias á terminar sus estudios.

Pero Celestino era un espíritu ávido de espacio, desordenado, sistemático, y al cabo de un año hizo dimisión. Un honrado anciano que vivía en *Pont-l'Éveque* le escogió para el preceptor de su hijo. Fargeau se paseaba por las tranquilas calles del pueblecillo, descifrando en las paredes de la iglesia las inscripciones de tiempo de Robespierre. Pasaba su vida bostezando desde por la mañana hasta por la noche, y cuando tenía algunas horas libres, iba á sentarse bajo los manzanos, fumando en su pipa y mirando extenderse á lo lejos el hermoso valle de *Auge*. Aquella existencia de provincia le ahogaba; pero había nacido perezoso, y la inactividad le retenía allí á su pesar.

Sin embargo, volvió á París y trató de buscar ocupación, luchando con valor y haciendo callar por mucho tiempo su necesidad de reposo: intentó dedicarse á ocupaciones diferentes; pero no tuvo éxito en ninguna de ellas, por lo cual se retiró á

un rincón, desengañado, para vegetar en él hasta que le llegase la muerte.

Aceptó sin protesta la vida que se había hecho ó que le habían hecho. En aquella vida de casualidad había tenido mil distintas ocupaciones. Era instruído, y su memoria había conservado hasta en los menores detalles todos los hechos de la historia confusa y tumultuosa de los últimos treinta años; pero esta ciencia y esta claridad de ideas y de recuerdos no le servía más que para hacerse escuchar de los asistentes al *Café de Athalie*.

Hacia algún tiempo que Fargeau había tomado la costumbre de jugar todos los días su partida de ajedrez con un joven llamado Fernando Terral, el cual pasaba largas horas en conversación con *el filósofo*. Terral tenía cuando más veintiocho años; pero desilusionado, escéptico, mordaz, parecía mayor que Fargeau por sus ideas. Fargeau, en medio de todas las vicisitudes de su vida, había conservado la fe, y aunque á menudo se había desesperado, no sabía negar. Tenía un placer especial en conversar con el joven Terral, tan instruído, inteligente y romántico, si bien en todo opuesto á sus ideas.

El amigo de Fargeau no tardó en presentarse

y saludando á éste, se sentó á su lado y pidió una copa de aguardiente.

Empezaron la partida de ajedrez. Fargeau, paciente y matemático, parecía llevar gran ventaja sobre su adversario, que estaba distraído y movía sus piezas maquinalmente.

—Pero poned cuidado—decía Fargeau de cuando en cuando.

Terral se encogía de hombros y seguía pensando en otra cosa.

Alto, delgado, moreno, de largos cabellos negros y brillantes algo rizados, de mejillas casi imberbes, pero de finos y retorcidos bigotes, hallándose reunidas en él la agilidad y la fuerza y poseyendo un gran encanto en sus hermosos ojos negros, al mismo tiempo dulces y amenazadores, Terral se balanceaba con orgullo al andar, como si hasta las piedras de la calle se hubiesen admirado á su presencia. Tenía los bolsillos vacíos; pero llevaba su traje, ya usado, con una desenvoltura que le hacía aparecer elegante, irguiendo su cabeza con un gesto despreciativo y burlón que le sentaba á las mil maravillas.

Pero aquel día el joven parecía pensativo y triste. Fargeau lo notó en seguida y se echó á reír. Aquella naturaleza compleja, ardiente y atrevida, dis-

puesta á todo lo audaz, le proporcionaba un curioso caso de estudio, y Fargeau tenía un gran placer en analizar aquel tipo singular en que se reunían todas las ambiciones.

—Vamos—dijo de repente—dejemos el juego, porque sus azares no logran hoy fijar vuestra atención.

—Tenéis razón—dijo Terral—no es esta partida la que me preocupa, sino la que juego con la fortuna, de cuyo buen éxito empiezo á desesperar.

—Vaya, vaya, si eso fuera verdad, no lo diríais.

—Es posible; y sin embargo, parece que presiento una derrota. Hace mucho tiempo que lucho en París.

—¿Quizá un año?

—¡Dos años, dos!

—¡Oh! ¡oh!—dijo Fargeau, riendo—lo menos hace treinta que lucho yo, y ya me he resignado á no vencer.

—¡Sí; habéis nacido dichoso porque no aspiráis á nada! ¡sois un sabio!

—¡Bonito título! ¡Lástima grande que no sirva para nada!

—Yo, en cambio, me desespero al ver que no

consigo lo que quiero y que todas mis esperanzas se deshacen como pompas de jabón. Hace mucho tiempo que busco y que espero, pues soy de aquellos que necesitan, más que comer, la vida de lujo; de disipación, la única posible á mis ojos.

—¡Ah!—exclamó Fargeau meneando la cabeza, —¿pero qué diablos esperabais encontrar en París al dejar vuestra provincia? ¿La gallina de los huevos de oro? Hace mucho tiempo que la mataron, hijo mío; pero al hablar de gallina recuerdo que tenemos que comer. Vamos, y por el camino seguiremos hablando.

Salieron.

Terral andaba mirando á las piedras y sin decir una palabra, y Fargeau, cogido al brazo del joven, le examinaba con gran curiosidad. Así cruzaron la calle de *Monsieur le Prince* hasta la escalera que conduce á la de *Saint-Hyacinte* y *Saint-Michel*. Subieron sus gradas y se encontraron casi en seguida á la entrada de una especie de tienda sin muestra alguna, en la que se apercibían desde fuera dos largas mesas, en cada una de las cuales podrían comer treinta personas.

—Aquí se come muy mal—dijo Fargeau;—pero para nosotros esta operación no es cuestión de placer, sino un deber estricto que la naturaleza

nos impone y que cumplimos haciendo algún gesto de cuando en cuando.

Algunos hombres estaban ya sentados, y delante de ellos acababan de colocar botellas medio llenas. El uno devoraba la sopa mientras que el otro partía un trozo de carne y el de más allá comía la ensalada. El mantel tenía manchas de todas clases, cuyo análisis hubiera servido para ejercitar la sagacidad de algún químico. Alrededor de las mesas circulaba una joven delgada y morena, de dudosa belleza, pero cuyos grandes ojos negros y labios de un rojo vivo, parecían ejercer una magnética influencia entre los asistentes al café, que hablaban con evidente dulzura cuando dirigían á la señorita Julia sus humildes súplicas.

Una mujer de edad respetable, y de una gordura más respetable aún, estaba detrás del mostrador. Sus ojos de águila lo vigilaban todo. Llevaba el libro en que constaban las cuentas de los parroquianos, y en su manera de saludar á cada uno de los que entraban, no era difícil adivinar el crédito de que éste gozaba en la casa.

—¿Sabéis en qué consiste para mí la felicidad?  
—dijo bruscamente Terral á su amigo Fargeau que estaba comiendo lentamente.

—¿En qué?—respondió éste.

—En el lujo, en el escándalo, en el ruido, en la vida de placeres, como el juego, la mesa, la mujer, la mujer sobre todo.....

—¿Qué mujer?—dijo Fargeau fríamente.—Tenemos varias especies.

Y viendo ocasión de poder echar uno de sus discursos favoritos, dejó sobre el sucio mantel el tenedor que tenía en la mano y dijo:

—¿Queréis escucharme un minuto?

—Os escucho.

Entonces Fargeau empezó á disertar, clasificando á las mujeres en varias clases y especies, de entre las cuales consideraba como más dañina la de *mujeres de gancho*.

—Y ahora—dijo Fargeau volviendo á coger su tenedor cuando hubo terminado—decidme si es la *mujer de gancho* lo que vos llamáis la mujer.....

—¿Conocéis á la célebre Antonia?—dijo Terral como si no hubiese oído la pregunta que le dirigían.

—¿Qué Antonia?

—La que está en el teatro de Vaudeville.

—¡Ah! sí, sí.

—La querida del Conde de Bruand.

—El conde de Bruand es mi antiguo discípulo, y en su casa he visto á Antonia.

—¡Ah!—dijo Terral—¿vuestro discípulo?....

—Mi único discípulo, puedo decir, y del cual estoy orgulloso.

—¡Antonia!—dijo Terral, que se había quedado pensativo de repente, entreviendo detrás de aquel nombre todo un mundo de voluptuosidades ignoradas, de sorpresas y de fiebres.

—Y..... ¿volveréis á verla?—preguntó á Fargeau.

—¿A Antonia?

—Sí.

—Mañana quizá, si va, como ha prometido, á ver á Victoria Herbaut.

—¿Victoria Herbaut?

—Sí, una infeliz que está moribunda y á quien el Conde de Bruand y su querida fueron hoy á socorrer.

—Decid—preguntó Terral levantando hacia Fargeau su mirada resuelta—¿no podría yo también ir á ver á esa mujer?

—¡Qué idea!—dijo Celestino;—por mí no hay inconveniente.

—Pues entonces, iré mañana.

—Cuando queráis—dijo Celestino.

Desde aquel momento Fernando Terral, que había visto á Antonieta en el teatro, en paseo y en

todas partes, admirándola, contemplándola y envidiándola, no pensó más que en aquella que él llamaba, como Fargeau, como el Conde de Bruand y como todo el mundo, *Antonia*.

La familia de Terral era provinciana; el padre había sido portero; pero su vista debilitada le había obligado á dejar este modesto empleo, viviendo de sus economías en *Saint-Mesmin*, cerca de *Musidan*, siempre renegando de su suerte. Estaba viudo, lo cual le consolaba un poco, y había obtenido para su hijo una plaza gratuita en el colegio de Bergerac. Allí es donde Fernando había crecido, constantemente encerrado y sirviendo como punto de mira para las burlas de sus compañeros á causa de su modesta condición. Desde muy niño se había encontrado entre el agrio carácter de un padre viejo y la crueldad de sus condiscípulos. Fernando desde entonces se había propuesto este atrevido problema: *¡Vencer!* Vencer á los hombres y á los obstáculos, saltar por encima de todo, sin detenerse en inútiles miramientos ni consideraciones de ninguna clase.

Pero en lugar de marchar hacia esta victoria por línea recta, Fernando, poco instruido, sediento de goces, comprimido y aspirando á la libre satisfacción de todas sus necesidades, se dictó desde

su entrada en París este programa claro y terminante: *Llegar al fin, cueste lo que cueste y sea como quiera.*

La naturaleza le había hecho hermoso, atrevido, emprendedor, y le había dotado de audacia, esa gran virtud que puede llegar á ser fácilmente un gran vicio.

Tenía sed y hambre. Sed de toda clase de placeres, y hambre de la vida parisién, de ese picante incitador que la grande y poderosa villa da en detalle y vende por junto. Con tales ideas no se puede estar mucho tiempo en provincias, y Fernando dejó á *Saint-Mesmin* el mismo día que se dirigía también á París un compatriota suyo, pintor, llamado Carlos Burdenois, que iba también á probar fortuna. Habían sido amigos de la infancia, y en Coutras, durante la larga espera del tren que viene de Burdeos, se confiaron mutuamente sus proyectos y esperanzas. Al llegar á París se separaron, y Burdenois se fué á vivir á *Saint-Denis* con un pariente suyo. Dos horas después Terral no pensaba ya en Carlos Burdenois ni en el viejo padre Terral encerrado en su vieja casa de provincia y más solo ahora que nunca.

¿Y qué iba á hacer en París aquel joven? Lo que antes fué á hacer Antonia: probar fortuna, esperar

en la casualidad. No tenía ocupación, ni protector, ni talento, ni oficio; pero estaba seguro de tener todo esto un día, ó más bien de poderse pasar sin ello. Por un instante pensó en hacerse hombre de letras. «¡Hay tantos, se decía, que reemplazan la vocación por la aventura!» Quizá hubiera podido conseguirlo; pero dejó pasar el tiempo sin hacer nada, y pronto sintió aversión hacia todo lo que fuera trabajo y estudio. Vivió de mala manera, y un verano en Baden, por casualidad, ganó algunos miles de francos, y sonriendo á esta caricia de la fortuna, volvió á París, jugó á la Bolsa y se lo gastó todo.

Pero el tiempo había pasado y Fernando había vivido; esto ya era algo; y además, empezaba á hacerse conocer en París.

¡Ser conocido! ese era su sueño; y no porque desease la celebridad que nada produce; sino porque la reputación es el primer escalón de la fortuna. Un hombre conocido encuentra protectores, amigos, prestamistas y garantías. Fernando Terral quería, pues, ser conocido. Conocido por alguna acción ruidosa, por alguna excentricidad, por algún escándalo, no importándole cuál fuese éste, con tal de conseguir su objeto. Muchas veces su pensamiento se fijaba en alguno de los privile-

giados de París, de los ilustres del boulevard, y se decía: «¡Quién fuera él!» Ó bien pensando en tal ó cual heroína de la vida fácil: «¡Si la viesen de mi brazo una noche, todo el mundo hablaría de mí al día siguiente.»

De este modo razonaba Terral cuando Celestino Fargeau le prometió presentarle á Antonieta.

Aquella era quizá la ocasión que venía hacia él. Fernando estaba aún á las puertas de aquel mundo parisién en que reinaba la hija del padre Labarbade; pero conocía todos sus secretos y todas sus miserias. Había visto á Antonieta, que era de esas que siendo ignorantes siguen el principio del sabio viviendo en una casa de cristal. París entero está en el secreto de la vida de sus héroes. La crónica, esa fama de cien plumas, se había apoderado de Antonia, de sus trajes, de sus habitaciones y de su manera de ser. En todos los escaparates de París estaba su retrato. Su hermosura era célebre, y su palidez, que ella afectaba y preparaba, tenía un encanto y seducción particular, si bien bajo aquel blanco mate no hubiera sido difícil encontrar el color moreno y saludable de su tez de aldeana.

La joven tenía una manera particular de vestirse, que había encontrado por intuición. Tenía sobre todo la manía de los sombreros, de los que cam-

biaba diariamente. Sólo uno, adornado de magníficas plumas, consiguió el honor de ser llevado una semana. Un día Antonieta tuvo la idea de contar los que iba arrinconando. ¡Ciento veinte sombreros! y todos frescos y nuevos. El Conde de Bruand la encontró arrojándolos á la casualidad, hacia donde estaba su doncella, que los recibía al vuelo.

Por fin llegó el día en que Terral y Fargeau iban á ver á Antonieta. Subían hablando de *Montparnase* á la calle *des Dames*.

—¡Qué París—decía Terral—y qué hombres los que le tienen en su mano ó bajo su rodilla!

—¡Dominar París! ¡Dirigir las turbas!—exclamó riendo Fargeau.—¡Es una gran cosa, pardiez! ¿Queréis saber un medio para llegar hasta ahí? ¡Tener genio! Llamamos Víctor Hugo ó Balzac, y estad seguro.....

Fargeau se interrumpió diciendo:

—¡Chit! llegamos al cuarto de la enferma.

Victoria Herbaut se iba debilitando de día en día, y el médico desesperaba de salvarla. A menudo había llamado á Antonieta á su cabecera, pues quería unirse á ella, verla hablar, quizá reconciliarla con José; pero si éste se encontraba allí cuando entraba Antonieta, cogía su gorra y bajaba de dos saltos la escalera.

—¿No la quieres ya?—le preguntaba muchas veces su hermana.

—No me gustan sus costumbres.

—Pero sufres al verla.

—Lo único que me hace sufrir, hermanita, es tu enfermedad.

—¿De veras?

—¡Y tan de veras! Lo demás me tiene sin cuidado.

Antonia seguía yendo allí por distracción quizá, pues aquel dolor era al fin un espectáculo como otro cualquiera.

Fernando Terral la vió por fin y se acampó ante ella como un general ante una ciudadela, interrogando á sus grandes ojos negros, queriendo dominar á aquella mujer que dominaba. Al principio llamó la atención de la joven, pues sus miradas tenían algo de desdenoso y fiero que exasperó el orgullo de Antonieta. Siguió encontrándole todos los días en casa de Victoria Herbaut. La seducía con su frialdad profundamente estudiada, y logró atraerla de tal manera, que desde aquel instante Antonia no volvió á visitar á Victoria más que por ver á aquel joven cuyos profundos ojos negros la turbaban.

Fargeau iba allí muy poco, y el Conde de Bruand

sólo algunas veces á buscar á Antonia, á quien encontraba siempre hablando con Terral, sin inquietarse por ello.

Trataba de animar á la enferma, saludaba al joven y se alejaba.

Fernando sentía inmensos deseos de perseguirle por la escalera y abofetear su rostro.

Cuando José llegaba y encontraba á Terral y Antonieta cerca del lecho de su hermana, miraba al joven sin saludarle, pues lo adivinaba todo.

Las fuerzas de Victoria iban disminuyendo de día en día. La pobre mujer lo sentía, y sonreía á su hermano diciéndole:

—¡Esta vez no hay remedio!

—No digas eso, por Dios. ¡Ten valor!

—¡Ah! bastante valor he tenido..... ya no le necesito, porque mis sufrimientos van á terminar.

José miraba á su hermana con unos ojos cuya expresión era tan cariñosa que parecía acariciar.

—José mío—le dijo ella—quiero que *le* perdones, porque en el fondo no es malo. Cuando yo no esté en el mundo, deseo que procures hacerle volver al buen camino. ¿Me lo prometes?..... No quiero verle, porque nada adelantáramos con eso; pero cuando sepa que he muerto, creo que se arrepentirá de su vida pasada..... Además, quería otra

cosa..... Su reloj, ya sabes, su reloj de plata está en el Monte de Piedad hace muchos años, y sabe Dios el dinero que he gastado en renovar las pa-peletas..... Pues bien, quisiera que desempeñaras ese reloj que *él* llevaba el día de nuestra boda..... Quizá tenga yo la culpa de sus extravíos, por no haber sabido entender su carácter. ¡Ah! nada de esto hubiera pasado si hubiéramos tenido un hijo!.....

Y la pobre enferma, cuya cabeza se extraviaba, volvía siempre á esta misma idea.

—Desempeñarás el reloj, ¿no es verdad?

José hacía un signo afirmativo.

—Luego se le llevará cuando hayas retirado la demanda, y le dirás que al morir lo he olvidado y perdonado todo..... ¿Verdad, José?..... Y si eso no puede detenerse, si le juzgan..... procura acusarle lo menos posible..... ¡ya no volverá á hacerme daño!

Y el pobre José se levantaba sofocado y se iba á la escalera fumando un cigarrillo, mientras abundantes lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Comprendía, veía claramente que su hermana iba á morir.

—¡Será el primer dolor—pensaba—que ha causado á los que ama!

Una tarde volvía Antonia del ensayo, del brazo del Conde de Bruind.

La entregaron una carta.

Antonieta reconoció al momento la letra de José.

—¡Ah, me lo figuraba!—dijo tranquilamente.

—¿El qué?—dijo León.

Antonia le tendió la carta.

«Victoria ha muerto. Os quería mucho. Pasado mañana á las diez la enterrarán en la iglesia de Batignolles.»

—¡Pobre mujer!—dijo el Conde.

Antonia arreglaba sus cabellos entretanto delante de un espejo.

Sin embargo, al día siguiente se acordó, mientras tomaba chocolate en su lecho, de que á las diez enterraban á Victoria Herbauf.

Llamó á su doncella y la dijo:

—Vestidme.

—¿Qué vestido quiere la señora?

—Esperad..... Al salir de la iglesia tengo que ir á Asnieres á casa de Coralía..... Dadme mi vestido malva.

La misa se decía en una capillita en cuyo centro estaba el ataúd cubierto con un paño negro y rodeado de cirios. José había pagado los gastos de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
1911-12 125  
Año 1824 MONTERREY, MEXICO

la iglesia, y estaba allí pálido como un muerto y con los ojos enrojecidos por el llanto. A su alrededor estaban los compañeros de taller y algunas vecinas. El sacerdote recitaba fervorosamente las oraciones.

Fernando Terral estaba allí también y miraba con curiosidad á aquellas gentes que rezaban ó lloraban.

De pronto se oyó un ruido de sillas y el roce de un vestido de seda.

Todos volvieron la cabeza.

Era Antonieta que entraba elegantemente vestida y llevando en sus enguantadas manos un libro de misa de terciopelo azul.

La joven se arrodilló cerca del ataúd.

Los fatigados ojos de José se fijaron en ella.

Terminada la misa, y cuando Antonia salía de la iglesia, encontró á Terral que la esperaba para ofrecerla agua bendita.

Ella hizo el signo de la cruz y después dijo á Terral:

—¿Queréis darme vuestro brazo hasta mi coche, señor Terral?

Fernando sonrió con aire de triunfo y ofreció el brazo á Antonia.

—¡Pobre mujer!—dijo la joven saliendo de la

iglesia.—Señor Terral, id á verme á mi casa, donde estoy todos los días desde que termina el ensayo hasta la hora de comer. De cuatro á cinco.

Fernando se inclinó.

Terral había acertado á llegar en la mejor ocasión á cruzarse en la vida de Antonieta. Decididamente la joven se aburría. El Conde de Bruand le proporcionaba una existencia de lujo demasiado uniforme, y ella hubiera deseado una vida más accidentada. No había encontrado aún el hombre soñado por ella, *su amo*. El Conde era demasiado político, y José había sido demasiado amante. En cuanto la joven vió á Fernando Terral, comprendió que era el tipo de sus sueños, y antes de que fuese su amante la dominaba ya y la hacía sentir el influjo de su voluntad. Una vez suya, se sintió dichosa; quería serlo por completo, romper su cadena, dejar al señor Bruand, dejar el teatro é irse á comer pan y cebolla á cualquier parte, á un granero.

—Vamos, no seas loca—decía Terral.

Él la quería amada, envidiada, para hacerse notar. No era una querida para él, sino un instrumento, y ni la había amado ni la amaría jamás.

—No; seguirás al lado del Conde de Bruand.

—¿Qué me importa? Sé que me amas, y esto me

basta. Además, eres libre por completo. Si yo consigo lo que deseo, ya nos iremos juntos á donde quieras y sin tener que vivir en una boardilla.

—Tienes muchísima razón—decía Antonia.

La joven estaba entusiasmada por completo; recibía cartas de Fernando, que besaba y escondía en su seno como si fueran reliquias. Hacía excursiones con su amante en coches de alquiler, en los que Terral bajaba las cortinillas, pues no creía aún llegada la hora de que el mundo presenciase su triunfo.

—¿Te da vergüenza ir conmigo?—decía Antonia abrazándole.

Iban á los lugares más solitarios de París, y la joven se excusaba como podía con el Conde de Bruand, mintiendo como una diplomática para explicar sus ausencias. Terral escondía aquel amor como si se tratase de un adulterio. ¡El amor prohibido! Este amor tiene su castigo; así que para satisfacerse tiene que recurrir á los hoteles, esconderse en los faecres, disimularse, hacerse bajo é innoble. El sol, la luz, la claridad le están prohibidos, y sólo vive en las tinieblas y en el disimulo, cobarde, lívido, estigmatizado por el orden y la rectitud, que, chocando con él, á cada paso le repiten que no es la pasión, sino la trai-

ción, y no el amor, sino el vicio, y el vicio que se esconde y tiene miedo.

## V.

La fuga de Antonieta había sido un golpe terrible para el padre Labarbade. El pobre viejo no tenía ya amor al trabajo é iba envejeciendo y poniéndose cada vez más sombrío. Sus amigos le aconsejaban que se cuidase si no quería enfermar, á lo que respondía Labarbade encogiéndose de hombros y yendo á sentarse en un banco delante de su posada, desde donde miraba correr el río con gran deseo de precipitarse en él.

Su mujer le decía:

—Todos los parroquianos van á marcharse de la posada si continúas poniéndoles esa cara de mal humor.

—Que hagan lo que quieran—respondía el padre Labarbade con aire indiferente.

Y añadía algunas veces:

—Aunque la posada se desacredite, siempre tendremos con qué vivir.

—Nosotros sí....., sobre todo tú, que vas ves-